

# LAS ELECCIONES EN CHILE\*

Roberto Escudero Castellanos\*\*

A la memoria del cubano Constante Diego, Rapi; a la memoria del chileno Rodrigo Alvaay

51

Sería una interpretación muy fácil, y quizá equivocada, decir que la victoria de la candidata de la Concertación por la Democracia, Michelle Bachelet, representa sobre todo un gran triunfo cultural en el sentido de que una mujer, sin religión, por añadidura divorciada y madre soltera de tres hijos, llega por primera vez, vía electoral, a la presidencia de un país sudamericano. Sin duda es una gran transformación cultural, digna de aprecio y encomio, pero no es lo más relevante del proceso electoral chileno.

Tampoco son los más importantes, aunque sean hechos francamente heroicos y que han merecido el reconocimiento y el respeto mundiales, que tanto Bachelet como su madre, la antropóloga Ángela Jeria, en 1975 hayan sido detenidas por los esbirros de Pinochet, agentes de la DINA, y recluidas en Villa Grimaldi, uno de los sombríos lugares en que se torturaba y asesinaba a chilenos y chilenas, más de un año después de que el general Alberto Bachelet, de la Fuerza Aérea Chilena, padre de la presidenta electa de Chile, falleciera de un infarto, el 19 de marzo de 1974, recluido en la Cárcel Pública de Santiago,

después de ser detenido y torturado por sus propios compañeros de armas. Son hechos que estremecen, como el de tantas otras familias chilenas que sufrieron el mismo destino. De hecho, tanto Michelle Bachelet como su madre Ángela Jeria se unieron a otras familias de asesinados y desaparecidos para dar a conocer los hechos donde se encontraran, en Australia, por ejemplo, país al que fueron a parar ambas mujeres una vez que salieron de su encierro. Por eso también es un hecho de un alto simbolismo, el que el último ministerio encabezado por Michelle Bachelet fue precisamente el Ministerio de Defensa.

Pero el hecho más relevante es que Michelle Bachelet, entre varios miembros destacados de la Concertación -entre ellos otra mujer, la talentosa Soledad Alvear, que llegó a enfrentarse a Bachelet en unas primarias que no concluyeron porque por generosidad, pero también porque la coyuntura no la favorecía, declinó a favor de Bachelet- fue elegida por su capacidad y fortaleza políticas para suceder nada menos que a Ricardo Lagos, tal vez el mejor presidente de la historia de Chile, un político entero con rango de estadista.

\*\* Filósofo egresado de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, profesor de la UAM Xochimilco y de la UNAM, autor de varios artículos y ensayos.

Por supuesto, todo cuenta, y ese todo es lo que recordó Michelle Bachelet la noche misma de su triunfo, el 15 de enero de 2006, cuando dijo, ¿dónde si no? en la avenida de la Alameda ante una multitud feliz que cantaba y bailaba, enarbolando las vistosas banderas de colores que se vieron durante la campaña, y como siempre, muchas banderas de Chile, en la apertura de su discurso, las siguientes palabras: “Quién lo hubiera pensado, amigas y amigos... ¿Quién lo hubiera pensado, hace veinte, diez o cinco años, que Chile elegiría como presidente a una mujer?” Éste fue el único acto, su entusiasmo, su algarabía, su intensidad, que me recordó la victoria de Salvador Allende en 1970. Por lo demás, mucha agua ha corrido ya bajo el puente.

52

En realidad, esta gran victoria cultural en un sentido amplio, pero absolutamente consistente, se gestó por muchos años en uno de los países más liberales y tolerantes, si no es que en el más liberal y tolerante de América Latina, desde mucho antes de la dictadura, que no logró desterrar de este querido y admirable país ni el liberalismo, ni la tolerancia, ni la democracia que ya se habían conquistado y que, como se vio después del plebiscito de 1988 para defenestrar a Pinochet, renacieron y se fortalecieron con la Concertación por la Democracia.

Todo lo dicho por Michelle Bachelet la noche del 15 de enero conmovió a todos los que nos reunimos a escucharla en la Alameda, pero el nervio social de su discurso fue: “Mi compromiso es que en 2010 habremos consolidado un sistema de protección social que dé tranquilidad a los chilenos y sus familias. La tranquilidad de saber que tendrán un trabajo digno y decente, que sus hijos puedan estudiar, que tendrán una vejez digna.” Además, Bachelet pondrá el acento en lo que constituye hoy por hoy el principal desafío para América Latina y del que no se ha salvado la democracia chilena: la desigualdad, la agravante

distancia entre los que tienen mucho y los que tienen muy poco.

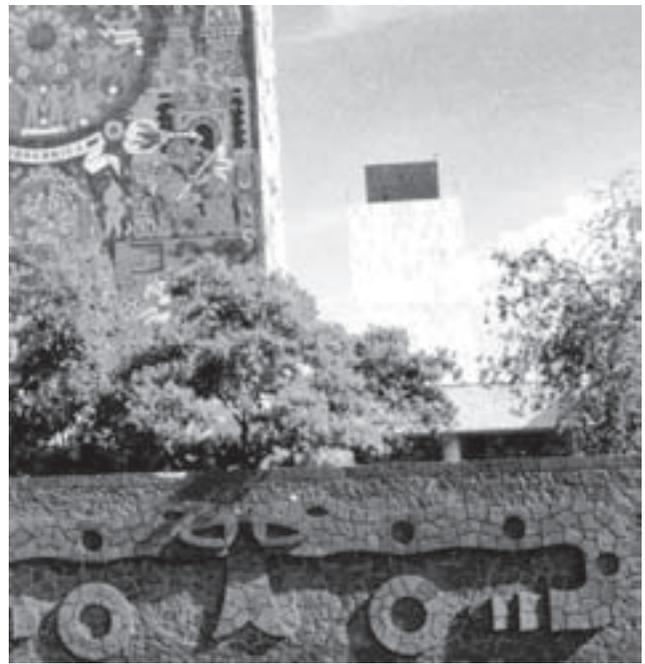
Cuenta para ello con la voluntad de chilenos y chilenas; contra lo que se creía, el voto por Michelle Bachelet no fue un voto por preferencia de género, como sí ocurrió en la primera vuelta, el 11 de diciembre del año pasado, pero en la segunda vuelta su triunfo se debió tanto al voto de hombres como de mujeres, pero el porcentaje mayor fue el masculino, no el femenino, un indicador más de que la Bachelet fue elegida por ser mejor, no sólo por ser mujer, aunque de todas maneras, este indicador representa un gran triunfo cultural, el machismo al que acudió, argumentativamente la derecha chilena, aunque negándolo, fue también derrotado.

Pero de todas maneras, el 15 de enero, día de la votación definitiva, la nota alegre, alharaquenta y finalmente conmovedora, corrió a cargo de las mujeres. El jolgorio comenzó en las propias casillas electorales en las que votaron ellas (por no se qué resabio absurdo, las mujeres y los hombres votan por separado), en el recuento de los votos, en el que el funcionario de casilla sólo se limitaba a exclamar: “Piñera” o “Bachelet”, cuando el voto correspondía a uno o a la otra. Y las mujeres voto por voto, abucheaban el nombre del primero y celebraban el nombre de la segunda, pero realmente atentas y entusiastas, contagiando con su entusiasmo permanente a todos los que nos encontrábamos observando las incidencias del día en los televisores del Hotel San Francisco, situado en la Alameda, a pocos pasos de la magnífica iglesia colonial del mismo nombre. Como desde el primer informe ofrecido por el Ministerio del Interior, a las 6:30 de la tarde, ya era un hecho el triunfo de Michelle Bachelet (un hecho nada novedoso en Chile, 35 años atrás, el mismo día de las elecciones se supo que había ganado Salvador Allende a Jorge Alessandri y a Radomiro Tomic, ventajas del sistema

democrático en serio), yo salí en cuanto pude porque ya escuchaba el relajo que se traían los simpatizantes de la Concertación.

El hecho es que no sé a quién se le ocurrió vender bandas presidenciales, réplicas de la banda que se impondría Michelle Bachelet el 11 de marzo. Así que esas bandas, sobra decirlo, sólo podrían terciarse en el torso de las mujeres que estaban allí para celebrar el triunfo de una congénere, naturalmente, ellas lucían las bandas presidenciales aumentado el jolgorio entre una multitud ya de por sí bullanguera, si así puede decirse. Yo desgraciadamente no vi a esas mujeres, pero sí las vio el escritor Jorge Edwards, quien vive en las faldas del hermoso cerro de Santa Lucía, que se levanta en pleno corazón de la ciudad de Santiago, a dos cuadras del Hotel San Francisco. Y así lo escribió en *El País*. Pero de todas maneras “la onda es mujer”, como había soltado como quien no quiere la cosa, la ilustre contenedora de Bachelet por la candidatura de la Concertación, Soledad Alvear, a quien como ministra de Justicia le tocó abordar el espinoso tema de los derechos humanos.

En el orden de “lo valórico”, como se le dice en Chile con economía de lenguaje correcta, a los aspectos ideológico-culturales, tampoco hicieron mayor mella los reclamos de algunos jerarcas eclesiásticos y políticos de segunda, que llamaban a los católicos a votar por Sebastián Piñera, quien hizo lo propio, autodefiniéndose como el representante en Chile del “humanismo católico”. A la hora de la verdad tanto católicos como no católicos votaron por la candidata de la Concertación por la Democracia; después de las elecciones he leído que “la iglesia” tomó partido por la derecha, esta afirmación es sencillamente falsa. No existe para nada un bloque homogéneo que pueda calificarse como “la iglesia”. La iglesia católica, como el resto de las instituciones de la sociedad civil chilenas, no tuvieron, ni podían tener en una sociedad



profundamente secularizada, ninguna preferencia unívoca. Un solo hecho merece ser recordado: La Vicaría de la Solidaridad, a cuya cabeza se hallaba el cardenal Raúl Silva Enríquez, y que en los peores momentos de la dictadura pinochetista salvó a muchos chilenos de la muerte y protegió a los familiares de los encarcelados y perseguidos, está siempre presente en la memoria colectiva. Es hasta ocioso preguntarse por quién votaron estos católicos, así como muchos otros que no estuvieron comprometidos. Finalmente Michelle Bachelet conquistó el 53.49% de los votos, contra el 46.50% de su oponente, el exitoso empresario Sebastián Piñera.

Conviene recordar que las dos grandes coaliciones del sistema político chileno se diferencian precisamente por la posición que adoptaron ante el referéndum de 1988: La Alianza por Chile votó por el sí a la continuidad pinochetista, y la Concertación Democrática votó por el no. Pero aunque sería por supuesto un gravísimo error político y moral juzgar como pinochetistas a todos los que votan a la derecha, sí es de todas maneras impactante el porcentaje de chilenos que juzgan a estas alturas que Pinochet fue

buen presidente: un 19% (según la encuestadora Mori, dirigida por Marta Lagos) de amantes del “orden” y la línea dura. El resto, son antipinochetistas en diferentes grados. Me resultó profundamente impresionante el argumento que se repetía tanto en la calle de Londres, en la que yo vivía durante mi estancia en Chile, como en otros lugares de Santiago en los que me movía, así como en los cerros que rodean a la bahía, todos en el hermoso puerto de Valparaíso al que visité: “no votaré a nada que tenga que ver con el “caballero” (se referían por supuesto a Pinochet) aunque sea de lejos”. El mismo Sebastián Piñera votó por el no en el referéndum, aunque estuvo muy cerca de Pinochet, tanto que fue jefe de campaña en las elecciones de 1990 del candidato pinochetista Hernán Búchi. Es decir, de lejos, pero olía a Pinochet, aunque comparado con el otro candidato de la derecha, Joaquín Lavín, era de todos modos un candidato moderado de centroderecha. La que dio en el clavo fue la citada Marta Lagos, directora de la empresa encuestadora Mori: ¿Qué se jugaba en esta elección? La continuidad de la Concertación garante única de que no volverá el pinochetismo disfrazado.

“El fenómeno Bachelet se ve acentuado porque la derecha no se ha desembarazado del pinochetismo, un 19% del país aún encuentra bueno el gobierno de Pinochet. No es posible, como intentó Piñera, unir el centro con el pinochetismo. Parece que la derecha no tiene opción de llegar al poder si no se renueva su élite y se supera el fenómeno de Pinochet.”<sup>1</sup>

Por esta razón es que el primero de los argumentos centrales de la derecha, machacados insistentemente por sus cabezas, la alternancia, carece de sentido. En realidad la alternancia, en las condiciones explicadas por Marta Lagos, sería una Restauración y eso, repito, sólo lo podía evitar el triunfo de la Concertación.

1 (*El Mercurio*, 16 de enero, sección C, pág. 10).

Este rechazo a Pinochet, creo yo, merece una interpretación particular. El trauma social, la herida profunda que dejó en el cuerpo social chileno el dictador Augusto Pinochet se debe a que la sociedad chilena es profundamente pacífica, no quiere a la violencia. De hecho, ningún movimiento armado prosperó como los que tuvieron lugar en Argentina, Brasil o Uruguay; y que ese pueblo haya tenido que soportar la noche permanente de 17 años de dictadura, explica en buena parte el triunfo sucesivo, hasta ahora, de 4 gobiernos de la Concertación, que aún durante la dictadura se opusieron a ésta, arrojando, por supuesto los graves peligros que su oposición conllevaba, como Lagos y Bachelet, por cierto.

Pero la victoria de la Bachelet tiene naturalmente su historia, el transcurso de la campaña electoral, a la que comparecen en primera instancia Joaquín Lavín, el representante típico de la derecha y de la oligarquía, esta última sí una de las más conservadoras y rastacueras de América del Sur, y la propia Michelle Bachelet, quien se mantuvo muy por arriba en las preferencias electorales, todas las encuestas la daban ganadora en la primera vuelta, dando así origen al bautizo mediático del “fenómeno Bachelet”. Pero el último en entrar a la contienda fue precisamente Sebastián Piñera, y éste se colocó rápidamente arriba de Joaquín Lavín, pero no sólo eso, la derecha recalcitrante se sintió ofendida por la presencia de un candidato, ya he dicho algo de esto, sin las suficientes credenciales como líder de la derecha, y pronto se embarcaron en una lucha amarga, en la que menudeaban las mutuas recriminaciones. Así llegamos al domingo 11 de diciembre del año 2005, con una derecha postulando por necesidad, y no por lujo, dos candidatos, el de la Unión Democrática Independiente, Joaquín Lavín, y el de Renovación Nacional, el empresario-político Sebastián Piñera; ese día, mientras se iban conociendo los resultados, el

ánimo fue muy diferente al que habría en ese mismo lugar un mes después.

Y era natural, Michelle Bachelet no ganaría en la primera vuelta, así que habría que hacer un esfuerzo suplementario con vistas al 15 de enero. Naturalmente, la derecha, que se había presentado dividida, ahora se presentaba como unida por su Coalición, la Alianza por Chile, y casi se presentó como vencedora en la primera vuelta, dado que las cifras sumadas de la Alianza, alcanzaban 48.67%, mientras que Bachelet obtuvo el 45.93%, naturalmente, los representantes de su Comando, la presentaron como lo que era, como la ganadora de la primera vuelta, con un 45.93% (por debajo del 48% que pedía Ricardo Lagos para tener seguridad), pero sin alcanzar la mayoría absoluta. Además, lo menos que puede decirse de la otra lista, la de Juntos Podemos, es que de ahí no se fue ningún voto a la derecha, del 5.3 que logró su candidato, Julio Hirsh, del Partido Humanista, que llamó a la abstención, de todas maneras el otro partido del Juntos Podemos, el Partido Comunista, sí aceptó llamar a votar por Bachelet, como era de esperarse, entonces sumados todos los votos de la primera vuelta, tampoco la derecha aventajaba a la izquierda. Se puede fácilmente decir que más de la mitad de ese 5.3% fue para Bachelet.

Ese día, el diario oficialista La Nación había escrito: “Desde el plebiscito de 1988 que una campaña electoral no concitaba las incertidumbres de ésta: ha sido larga, ha ido de sorpresa en sorpresa y ha generado, más que expectativas, certezas de cambio.” (p. 3)

Pero esos cambios asumieron la forma de auténticas paradojas. La UDI, del candidato perdedor, Joaquín Piñera, se consolidó como la primera fuerza en el Parlamento, con 22.34% de votantes, aunque la Concertación obtuvo la mayoría, con más del 51%

de los votos, pero esa mayoría jugó a favor del sector izquierdista de la Concertación.

Los ganadores fueron el Partido Socialista, el Partido por la Democracia y el Partido Radical Social Demócrata. ¿La gran perdedora? la Democracia Cristiana, cuya división interna (por un lado el grupo de Adolfo Saldívar, por otro el Gutenberg Martínez y su esposa, Soledad Alvear, quien recordemos dejó la contienda en manos de Bachelet debido al pobre apoyo de su partido) pasó la factura al históricamente más poderoso partido de Chile: el Demócrata Cristiano de Eduardo Frey Montalvo, que cede la presidencia al socialista Salvador Allende en 1970, y que tras el paréntesis negro de Pinochet, la democracia se recupera con dos sucesivos presidentes democristianos, Patricio Aylwin y Eduardo Frey Ruiz-Tagle, hijo de Eduardo Frey Montalvo.

Pero si la Concertación de todas maneras gana la mayoría en la primera vuelta, y con Michelle Bachelet en la presidencia, ésta sí es una línea de continuidad que proyecta un panorama político de gobernabilidad para la presidenta. Pero solamente en Chile se puede presentar el hecho de que esa mayoría no se va a imponer sin acuerdos. ¿En qué otro país se puede escuchar un argumento como el esgrimido por el Presidente del Partido Socialista Ricardo Núñez, el 17 de enero del presente, con todos los resultados a la vista?

“-¿La Concertación -pregunta el periodista de El Mercurio- impondría mayoría en el Congreso?: “Sería un error. Está bien que asumamos que somos mayoría, es absolutamente legítimo que la utilicemos, pero en política todo tiene límites. Abusar de esa mayoría sería un error. Creo que utilizarla inteligentemente para generar consensos amplios sobre proyectos emblemáticos para el desarrollo y la justicia social en el país, es el camino que debiéramos emprender” (Entrevista de Claudio Salinas).

Otra paradoja, de haber ganado Sebastián Piñera, éste sí habría asumido con graves problemas de ingobernabilidad, porque su partido Renovación Nacional cuenta con escasa membresía en el Parlamento, apenas 8 curules en el Senado y 19 diputados y no era seguro el apoyo de la UDI, la derecha a ultranza.

56 Otra sorpresa, si en la primera vuelta Michelle Bachelet no obtuvo mayoría absoluta, sí la obtuvo la Coalición que la apoyó en el Parlamento, como acabamos de observar en los números, con poco más del 51%. ¿A qué se debe? A que los candidatos a diputados y senadores fueron, digámoslo así y en términos generales, un poco más vehementes para apoyar su propia candidatura que la de la candidata a la presidencia, como se admitió autocráticamente en el Partido Socialista, porque en el centro de la Concertación, la Democracia Cristiana, sus escasos resultados eran en todo caso el asunto que debían encarar.

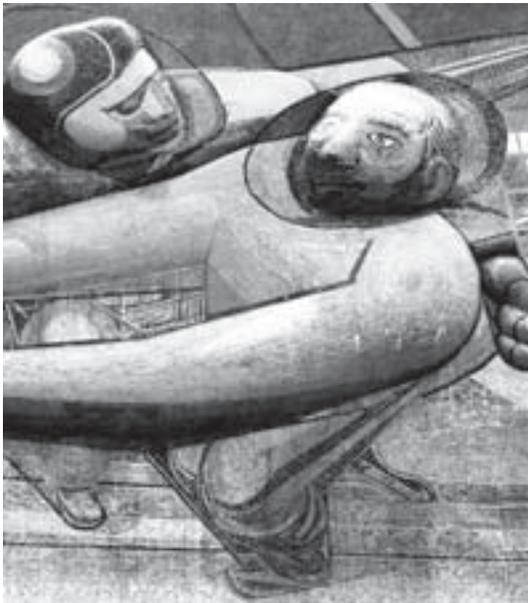
Pero el periodo que va del 11 de diciembre de 2005 al 15 de enero de 2006, es decir, entre la primera y la segunda vuelta, más de un mes, fue, como es natural, el más pletórico de sucesos, declaraciones, incidentes y sorpresas que todavía reservaba el proceso electoral chileno. A decir verdad, la primera semana después de la primera vuelta (11 de diciembre), la candidata cometió una serie de errores debidos, como es perfectamente entendible, a cierta fatiga y cierto aturdimiento que se debieron principalmente a que todavía debía esperar más de un mes para ser candidata electa. Después, es debido reconocerlo, no sólo se recuperó, sino que tuvo los suficientes arrestos para vencer a Sebastián Piñera en un debate que fue definitivo, y que tuvo lugar el 11 de enero, 4 días antes de las elecciones. Tanto tirios como troyanos se dieron cuenta de que la única posibilidad que conservaba Sebastián Piñera de derrotar a Michelle Bachelet, era la de derrotarla en toda la línea, para presentar a ésta

ante todo el país como la incompetencia misma, dado que ésta era la principal acusación que hacían Piñera y los suyos a la candidata socialista.

Pero esa noche a Piñera le salió el tiro por la culata, y contempló impotente como se le iba la última oportunidad de llegar a la Presidencia, según el argumento que circulaba de boca en boca de los simpatizantes de la Coalición, y que finalmente se impuso: ¡Cómo iba a ganar la derecha y cómo soportaría el país una cierta reivindicación de Augusto Pinochet, por mínima que fuera!

Pero los hechos del interregno del 11 de diciembre al 15 de enero se sucedieron de acuerdo a una cronología que hay que respetar. Los errores que, me parece, como le parecieron incluso a personas con responsabilidades gubernamentales, fueron, primero, el de decir que Renovación Nacional y el propio Sebastián Piñera estaban queriendo comprar y corromper a sus propios partidarios, de los cuales conocía a algunos, así como a sectores populares a los que esos oponentes, y el propio Piñera, ofrecían pagar cuentas de luz y teléfonos. Interrogada Bachelet por los afectados de la derecha, explicó que “más allá de la anécdota” no estaba autorizada a dar nombres (ni los supuestos comprados dieron el suyo), y que todo mundo sabía que la derecha recurría a esos expedientes desde siempre. Piñera respondió que podía demandarla por calumnias, pero ahí quedó la cosa. Una acusación de Bachelet que tan no podía ser sostenida (aunque fuera cierta) que ella misma se echó hacia atrás. Fue pues una acusación gratuita que pudo haber acarreado mayores consecuencias; con todo no fue tan grave como el segundo error, y esta vez cometido dentro de las propias filas de la Concertación.

No bien había acabado la segunda vuelta, platicó con Soledad Alvear, que habiendo acompañado a la propia Bachelet a la campaña de captación de votos



Detalle del mural *El pueblo a la universidad, la universidad al pueblo*, de David Alfaro Siqueiros.

casa por casa, de todos modos se había mantenido en un nivel más bien discreto, y no por discrepancias con Bachelet, recordemos que se retira de las elecciones primarias diciendo que la socialista era mejor candidata, y que su Partido no le había ayudado, es decir, su discreción proviene de las discrepancias, y las de su marido, con el presidente democristiano, Adolfo Saldívar, que por lo visto son irreconciliables. De esa entrevista, Soledad Alvear sale diciendo que Bachelet le había ofrecido el puesto de “generalísima” (haciendo uso de una de las expresiones grandilocuentes que a veces gustan tanto a los chilenos). Entonces Michelle Bachelet la desmiente y dice que le ofreció una serie de opciones y no un sólo cargo, añadiendo que fue una plática “privada” y que no quería para Alvear una posición “burocrática”, que quería más bien que le ayudara “en el terreno”. Además de que el desmentido resulta también gratuito, creo que es de justicia consignar que Soledad Alvear jamás replicó nada. Este último error, decían los analistas políticos, tenía un trasfondo: el secretario general del Partido Socialista, Camilo Escalona, muy cercano a Bachelet, le recomendó por esos días sostener con la Democra-

cia Cristiana, relaciones institucionales, es decir, hablar más bien con el presidente del Partido Demócrata Cristiano Adolfo Saldívar, y no con Soledad Alvear, cuya capacidad en todos los sentidos está muy por encima que la del presidente del partido.

Estos errores, ahora lo veo con un poco de distancia, provienen de una estrategia electoral que no le funcionó del todo a la doctora Bachelet, pero que condicionó su actuación errática la primera semana después del 11 de diciembre. Ella quiso “ciudadanizar” su campaña, prescindiendo de las instancias institucionales de los partidos (cosa que, como acabo de observar, después tuvo que cambiar), esta estrategia, que en cualquier parte creo es al menos equívoca, en un país con un entramado partidario tan consistente no podía rendir muchos frutos. Aunque todavía el 17 de enero de 2006, el periódico oficialista La Nación insistía en esta postura, aunque la propia redacción induce a equívocos que saltan a la vista:

“Bachelet fue ungida por la ciudadanía y no por las cúpulas partidarias, primero como precandidata del Partido Socialista y luego de la Concertación para las presidenciales que ganó el domingo”. Es como decir que su partido y la Concertación se dedicaron exclusivamente a elegirla candidata, y después ella, sin mediación alguna, “ciudadanizó” su campaña. Y esto no es cierto.

La candidata, además, quiso hacer su propia campaña, desprendiéndose de la figura de Ricardo Lagos, una enorme personalidad política, humana y moral para todos los chilenos, y así reconocida en el resto del mundo.

Puedo estar equivocado pero mi interpretación no creo que esté carente de lógica: si lo que la Bachelet deseaba era demostrar un carácter y un perfil propios, éstos ya los había demostrado cuando encabezó el Ministerio de Defensa, ni más ni menos, así como cuando antes fue Ministra de Salud, se dice

más sencillamente: por algo fue elegida candidata de la Concertación por la Democracia. Fue ese talante decidido y valeroso el que finalmente se impuso. ¿Qué se jugaba en las elecciones de 2005-2006? Se jugaba la continuidad de la Concertación, haciendo ver lo endeble de los argumentos por la alternancia, pero además se impuso el 14 de diciembre del 2005, la mayoría de izquierda en el Parlamento; y el 15 de enero del 2006, una candidata presidencial también de izquierda, pero por supuesto, igualmente la Concertación.

58 Pero creo que fue también decisiva la intervención de Ricardo Lagos, y un reportaje que intente ser completo debe dar cuenta también de anécdotas que son significativas del modo en el que vivieron los chilenos de la Concertación la semana en el que el nerviosismo se apoderó de sus filas (y del reportero). Se consignó en la prensa: uno de los amigos más cercanos de Lagos decidió hacerle ver las cosas como estaban, lo fue a ver a la Moneda, y le dijo algo así como que estaba en riesgo de pasar a la historia no como el gran presidente de Chile, sino como el que le iba a entregar el poder a la derecha. Se dice también que Lagos pegó con las palmas de ambas manos en su escritorio, fue entonces cuando actuó rápidamente, inclusive en el propio comando de Michelle Bachelet, el gesto más significativo fue el de pedir a Sergio Bitar que dejara el Ministerio de Educación y se fuera a dirigir la campaña de la Bachelet, junto con Andrés Saldívar (hermano de Adolfo el dirigente máximo de la Democracia Cristiana, pero persona muy diferente, luego fue Ministro del Interior). Para decirlo en una palabra, reformuló toda la estrategia. Lo más seguro es que de todas maneras la Concertación hubiera ganado, pero no con el amplio margen con el que finalmente triunfó Bachelet, 7%.

Naturalmente, la derecha lo acusó de intervencionismo, pero él respondió tranquilamente que todo

lo que hacía estaba dentro de la ley y que estaba actuando como un presidente responsable.

La iniciativa de más calado político fue la de someter al Parlamento una vez más el agravante sistema binominal de votación, que es de hecho el último de los “enclaves autoritarios”, llamados así, certeramente, por Manuel Antonio Garretón, y que desde luego fueron incluidos en la Constitución de 1980 (que se impuso mediante referéndum) para preservar al pinochetismo. Lagos y los suyos se habían desecho uno a uno de estos enclaves: el papel de garantes de la institucionalidad chilena con los que se dotaron los militares en 1980, a través del Consejo de Seguridad Nacional (integrado por una mayoría de militares que además eran inamovibles), el otro “enclave” que pasó a la historia, por decirlo así, fue el de los “senadores designados”, desde luego por Pinochet. Aunque después estos senadores serían designados por los sucesivos presidentes de la Concertación, pero el problema no era si eran buenos o malos los “senadores designados”, sino que semejante procedimiento era a todas luces un despropósito.

Faltaba el último remanente de la Constitución de 1980, el sistema binominal de representación parlamentaria. Este sistema es binominal porque en cada uno de los 60 distritos en que se divide el país, se eligen 2 diputados, lo cual arroja finalmente 120 diputados en cada elección; hay además otra división en 19 circunscripciones en cada una de las cuales se eligen también 2 senadores (con más atribuciones de lo que generalmente ocurre en otros regímenes presidencialistas, como el chileno) por cada una, lo que arroja un total de 38 senadores.

Pero, he aquí el quid del asunto, en un país dividido en dos grandes coaliciones: La Alianza por Chile y la Concertación por la Democracia, sólo pueden haber 2 diputados o dos senadores de la misma coalición, cuando los votos de sus dos candidatos

más votados, unidos, obtienen el doble de votos respecto de la coalición menos votada, éste es el llamado “doblaje”.

Un ejemplo, Andrés El Chico Saldívar quedó en segundo lugar, pero no pudo “doblar” con sus votos sumados a los de su compañero de la Concertación Guido Gerardi, así que el futuro Ministro del Interior quedó fuera del senado. En realidad, el haber enviado al Parlamento la iniciativa para que eliminara este último “enclave autoritario” es otra de las lecciones de habilidad política del presidente Lagos, él sabía que aunque Sebastián Piñera, finalmente candidato de centro derecha en el espectro político chileno, partidario de la eliminación de tan aberrante sistema, podía no aceptar la iniciativa presidencial por sus nexos, dentro de la Alianza, con la derecha ultramontana representada por la UDI, quien se ha beneficiado de este sistema. Ocurrió entonces, ante todo Chile, la coincidencia de la derecha, y tanto la Unión Democrática Independiente de Lavín como Renovación Nacional, a través de sus diputados, se abstuvieron en la Cámara. Piñera no pudo desligarse de Lavín porque esto implicaba, razonó, perder el electorado popular que ciertamente tiene la UDI, ciudadanos de las “poblaciones” (barrios de gente muy pobre).

Más allá de la razón que asistía a Lagos para enviar este proyecto, lo importante es que la Concertación tomaba la iniciativa en la campaña, una iniciativa que ya nunca perdió. Lagos además viaja por Chile, inaugura obras de infraestructura, cosa que prometió desde que estaba en campaña, se deja ver de todos porque sabe que será en todas partes bien recibido. Esto, se quiera o no, es parte de la campaña, pero en nada vulnera el orden jurídico, como replicó en varias ocasiones.

Hay, además, anécdotas que también pintan a un político de cuerpo entero. En una secuencia de fotografías, se aprecia al presidente Lagos rodeado

de muchachos, unos adolescentes y otros muy jóvenes, está sentado entre ellos. En la última fotografía de la secuencia, Lagos -un hombre de 67 años y más bien pasado de peso-, se deja de buen grado ayudar a levantar por esos muchachos, muy alejado de la arrogancia y el machismo de muchos jefes de Estado, que jamás permitirían verse en el trance de ser auxiliados de esa manera. Lagos sí.

También se dio el lujo de enviar otra iniciativa de ley, ésta a propósito de la subcontratación. En plena campaña electoral, los trabajadores subcontratados de CODELCO, la empresa estatal de cobre chilena exigieron, ante los altos precios internacionales que se están pagando por el metal, una bonificación extraordinaria, y recibieron la visita de Sebastián Piñera que fue a solidarizarse y a acelerarlos, además, pidió que se legislara sobre la subcontratación tanto en las empresas privada como en las estatales, aludiendo a la injusticia de estas últimas para con sus empleados, y de paso, llevando agua al molino del antiestatismo. El presidente replicó que no habría ni un centavo para la bonificación, que el dinero recibido por el alto precio del cobre ya estaba programado para otros menesteres. Al mismo tiempo, tomándole la palabra a Piñera, reenvió un proyecto de ley para regular la subcontratación, pero sin las modificaciones que ya había hecho el Senado, después lo retiró ante la desesperación de la derecha, y mientras el tiempo para que llegara el 15 de enero se iba abreviando.

Ahora a Piñera ya sólo le quedaba jugarlo todo al día del debate con Michelle Bachelet, a la que confiaba arrollar y presentarla como una señora incapaz de gobernar, ésta era la idea fija que había expresado ante los electores.

Así llegamos al día del debate el 11 de enero, prácticamente el último que se podía hacer propaganda. Pero esa noche nos encontramos con la actualización del “fenómeno Bachelet”, una candidata

tranquila, confiada, respondiendo a las preguntas con calma y conocimiento de los asuntos. En contrapartida, nos encontramos a un Sebastián Piñera que no se quitaba a Dios de la boca, que aludía al humanismo cristiano en el que se sustentaba, pero a Dios rogando y con el mazo dando, agresivo, cada vez más agresivo a medida que se iba dando cuenta de que sencillamente no podía vulnerar por ningún lado a una candidata que sabía iba a ser presidenta. Un Sebastián Piñera que sólo iba creciendo en tics, en los hombros, en la espalda.

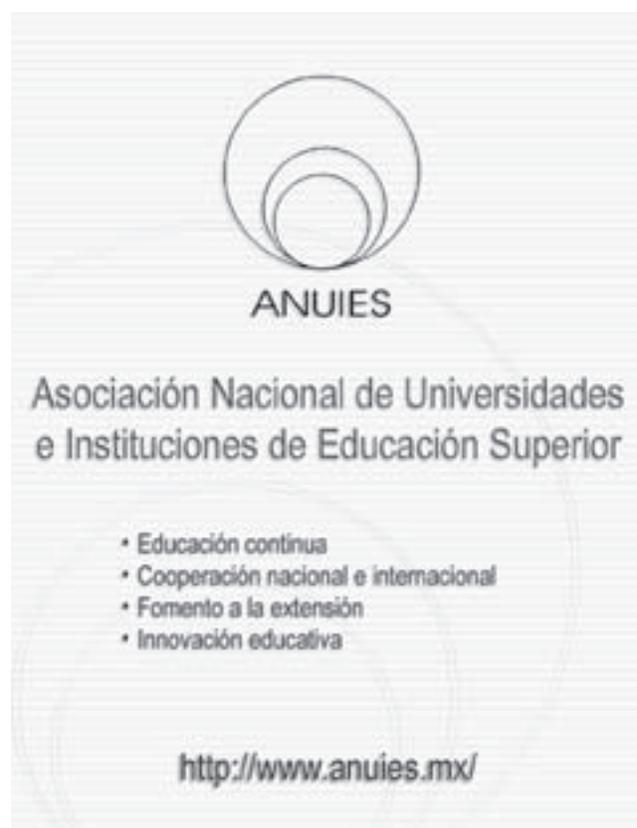
60 Esa noche, la onda fue mujer por partida doble: Bachelet fue la mejor, como mejor estuvo la única periodista de entre los otros cuatro que hacían las preguntas. Constanza Santamaría llegó a decir a Piñera: “no me contestó a la pregunta”, y en realidad fue la mejor en meter en aprietos a ambos contendientes.

De las diferencias entre ambos candidatos resaltó una, su posición ante los gobiernos de Venezuela, Perú y Bolivia, que según se sabe, han tenido, sobre todo los dos últimos, frecuentes desavenencias con Chile, todas referentes al mar que corresponde a cada país (Perú), o al territorio reclamado por Bolivia para sacar sus productos por un puerto que reclamarían, como Iquique.

Sebastián Piñera, rogando a Dios, respondió con el mazo, su autoritarismo se hizo evidente, sólo dijo que defendería la soberanía nacional ante un ataque de alguno de estos países, como si éste fuera inminente. Michelle Bachelet, que a esas alturas del debate ya sabía que sería ella la que en marzo despacharía en la Moneda, respondió como una estadista responsable y civilizada: que no creía en “ejes del mal” en América del Sur, que el tratamiento a estos países sería el diálogo con presidentes y gobiernos que, por cierto, habían llegado a gobernar por la vía democrática de las elecciones. Creo que ése era el tratamiento adecuado al asunto por parte de la futura

presidenta, aunque bien se sabe que en realidad la izquierda chilena está en las antípodas de la venezolana representada por el vociferante Chávez, pero éste no ha llegado a irrespetar al presidente Lagos y a la Bachelet. Por algo será, pero es correcto.

A este respecto, me parece oportuno traer a colación un artículo de Jorge Edwards publicado en El País, el 10 de diciembre de 2005, es decir, un día antes de las elecciones de la primera vuelta, donde además de decir que “Bachelet representa la candidatura de la continuidad y del cambio”. El cambio, entre otros puntos que Edwards enumera, se refiere concretamente a las relaciones con Bolivia, antes obviamente de que ganara las elecciones Evo Morales: “Las agendas no cumplidas en diferentes asuntos internacionales y quizá, por encima de todo, en las relaciones postergadas, nunca bien planteadas e iniciadas, con Bolivia. No vamos a desarrollarnos de verdad, para dar un solo ejemplo, si no resolvemos



el tema de la energía y de la dependencia energética, y esto exige una diplomacia poderosa, imaginativa y convincente en todo el cono sur y aún más, en el conjunto de América Latina”. (p.13).

Para finalizar este reportaje, me gustaría hacerlo con tres citas de grandes personajes de la escena política chilena y sólo alguna introducción de mi parte. La economía chilena, con todos los asegunes que se quiera, es percibida como una economía exitosa, “asegún” central sería la desigualdad social del país, que es muy evidente y que sufre la mayoría de los chilenos. Bachelet cuando ya era “fenómeno” e iba para ganadora en la primera vuelta (después se complicó todo, como se ha tratado de explicar en este reportaje), explicó en entrevista concedida a El País el 20 de julio de 2005, los principales retos que tenía enfrente, tanto en materia política como en materia económico-social, y se observa que desde antes ya estaba bien parada:

“Mis prioridades son mantener todos los logros conseguidos -avance de la democracia, de las libertades, crecimiento económico-, pero ahora tenemos la obligación de plantear un nuevo desafío: seguir creciendo y a la vez distribuir mejor la riqueza y dar más oportunidades a todos. Proponemos un plan de igualdad que se centrará en la infancia, las mujeres, la reforma de la protección social, de las pensiones y de la educación”.

La otra cita corresponde al presidente del Partido Socialista, Ricardo Núñez, y tiene que ver con lo que a mi juicio es la gran piedra de toque de la política chilena, un sistema de equilibrio más bien estable, en el que ha podido subsistir un país con una izquierda y una derecha poderosas (los votos para Piñera así lo atestiguan), y que lejos de destruirse, han podido coexistir en paz y en libertad, y éstas son garantías muy apreciadas por los chilenos, como puede constatar cualquiera que hable con ellos. Así, inmediatamente

después del triunfo electoral, el 17 de enero de 2006, Núñez declara al Mercurio: “No soy de los que me alegro de la crisis de la derecha. Históricamente cuando la derecha entra en crisis tiende a marginarse de las responsabilidades nacionales que ella tiene y, en consecuencia, si la crisis perdura largo periodo, tanto unos como otros van a tender a resaltar su identidad sobre la base de una aguda oposición al gobierno de Michelle Bachelet. Porque es en la oposición a su gobierno donde van a encontrar las fuentes de unidad y entendimiento”.

“Tanto unos como otros” se refiere a los dos partidos de la Alianza por Chile, que curiosamente antes de las primeras elecciones, andaban muy divididos y peleando entre sí, tanto la UDI de Joaquín Lavín como Renovación Nacional; después los problemas internos fueron más bien para la Concertación, a la que la división de la Democracia Cristiana se los endosó. En adelante parece que se impondrán las “responsabilidades nacionales” porque hay un marco institucional para ello, por encima de las personalidades buenas o malas que dominan el escenario chileno.

A esto contribuyó poderosamente que el gobierno de Ricardo Lagos haya acabado uno a uno con los “enclaves autoritarios” que había dejado el régimen de Pinochet en su Constitución de 1980. Ahora sólo queda realmente el perverso sistema del binominalismo, pero eso ya es materia pendiente de Michelle Bachelet. Una vez resuelto este tema, los chilenos podrán decir que se han desembarazado de la Constitución pinochetista.

Tal vez pensando en esta lucha final contra el autoritarismo, un Ricardo Lagos excepcionalmente relajado, es decir, más que de costumbre, en un encuentro con los corresponsales extranjeros, el 17 de enero, a la hora de decidir cuál será su testamento político, respondió sin vacilación:

“Abrir un poquito más los espacios de libertad en Chile, más que decir la economía creció tanto y también que hubo una apertura en el tema cultural muy grande”.

*Para escribir este reportaje conté con la inapreciable ayuda de cuatro personajes: Ricardo Valero; Guillermo Campero, asesor del presidente Ricardo Lagos; el escritor Jorge Edwards y Ricardo Núñez, presidente del Partido Socialista de Chile. Aunque los dos primeros no están citados, su penetración política en realidad está presente en todo el reportaje.*

*\*Versión íntegra de la versión reducida publicada por la revista Nexos, n. 340, abril de 2006.*

62

